



Fr. ALBERTO LEE LOPEZ

SESQUICENTENARIO DE LA BATALLA DE SAN JUANITO

Conferencia dictada por Fr. Alberto Lee López, miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, en la ciudad de Buga el 26 de septiembre de 1969, por invitación de la Casa de la Cultura y del Centro de Historia "Leonardo Tascón", de la misma ciudad.

En el conjunto de conmemoraciones locales que han venido realizándose en el país con ocasión del Sesquicentenario de la Campaña Libertadora de 1819, esta de la conmemoración de la batalla de San Juanito es muy importante y con sobra de justicia la Junta Departamental y la Junta Municipal del Sesquicentenario, el Centro de Historia "Leonardo Tascón" y la Ca-

sa de la Cultura de Buga han querido darle todo el realce que se merecía.

Porque la Campaña Libertadora de 1819 no se cierra con la inmortal batalla del Puente de Boyacá, sino que tiene en ella su ápice, para prolongarse inmediatamente en la tarea de liberación de todo el territorio granadino y continuarse en el tiempo y la distancia hasta la definitiva liberación

del suelo suramericano después de Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho.

No es esta una afirmación gratuita, fruto de un exagerado nacionalismo. El fiscal de la Real Audiencia de Santafé, don Agustín de Lopetedi, después de exponer las causas políticas y económicas de la derrota de las armas reales, en informe al Ministro de Guerra de Madrid desde Cartagena, a 25 de Septiembre de 1819, afirmaba: "La jornada del 7 de agosto y la evacuación precipitada del 9, han causado, después de la pérdida del cuerpo del ejército que hacía la defensa del Reino, la de la capital, con todas sus oficinas, archivos, secretarías, caudales públicos y fortunas particulares, la de toda la provincia de Tunja, la del Socorro, la mayor parte de Pamplona, Mariquita, Neiva, una gran parte de la de Poyayán, toda la del Chocó y Antioquia, por manera que, a excepción de las litorales Cartagena, Santa Marta y Riohacha, el istmo de Panamá y la Presidencia de Quito, todo lo demás está bajo la fuerza del invasor, quien desde luego procurará extenderse más, hasta dejar aislada esta plaza, única esperanza de vuestros fieles servidores, pero que tal vez no podrá sostenerse por la falta de marina y de toda clase de recursos para poder elevar y sostener un cuerpo de ejército que la cubra".

El mismo Morillo en su comunicación al Ministro de Guerra de Madrid, al tener conocimiento de la derrota de la Tercera División de Boyacá, escribe:

"El sedicioso Bolívar ha ocupado inmediatamente la capital de Santafé, y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el Reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesita para continuar la guerra en estas provincias, pues los insurgentes, y menos este caudillo, no se detienen en fórmulas ni consideraciones. Cuentan con la disposición de sus habitantes y no son responsables a ninguna ley de sus procedimientos...

"Esta desgraciada acción entregó a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en la Mar del Sur, donde se acogerán sus piratas: Popayán, Quito y Pasto, y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay ni un soldado, queda a la merced del que domina en Santafé, a quien al mismo tiempo se abren las Casas de Moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el Rey nuestro señor en todo el virreinato". Y conste que este oficio es de 12 de septiembre, cuando apenas ha recibido las primeras incompletas noticias de lo ocurrido.

En efecto, la creación del virreinato de Santafé y el progresista gobierno de los virreyes ilustrados que el régimen borbónico envió al Nuevo Reino de Granada, hicieron de este extremo norte de la América del Sur, a fines del siglo XVIII, no solo el centro geográfico de las posesiones españolas en Indias, sino el centro político, económico y social de las mismas.

Al iniciarse el movimiento emancipador, la Nueva Granada, Venezuela y Quito van a ser el eje en torno al cual gire la suerte de la libertad hispanoamericana. Quito será la primera en crear una Junta Suprema de Gobierno el 10 de agosto de 1809, y el fracaso de esa iniciativa, trágicamente ahogada en sangre al año siguiente, no hizo más que afirmar la voluntad de emancipación del resto del virreinato. Los hechos del 19 de abril de 1810 en Caracas y del 20 de Julio en Santafé, precedidos en el territorio granadino por los sucesos de mayo y junio en Cartagena y los pronunciamientos del 3 de julio en Cali, del 4 en Pamplona y del 10 en el Socorro, marcan indiscutiblemente el punto de partida definitivo de la disolución del imperio ultramarino español. No pretendemos en ningún momento minimizar ni desconocer la importancia del proceso emancipador en las Provincias del Plata y en Chile, contemporáneos de los del virreinato santafereño, pero un análisis desapasionado de los acontecimientos nos lleva a la conclusión a que llegó Morillo en 1819. Quien fuera dueño de Santafé impondría a la larga su ideología política en el resto de la América hispana.

Así lo entendió la Junta de Generales creada por Fernando VII, cuando en agosto de 1814 organizó la reconquista de sus posesiones americanas con la creación del Ejército Expedicionario de Tierra Firme, cuyo destino fue, no el virreinato de la Plata, sino el de Santafé.

Si se quería eliminar el problema insurgente de América, había que empezar por restablecer en el Nuevo Reino de Granada y en toda la extensión de su capitania general de Venezuela la soberanía de Fernando VII. Y a fe que este objetivo se hubiera logrado, si la corona no hubiera cometido los graves errores que llevaron al fracaso este intento de reconquista, tan certeramente realizado en su primera etapa, la de la ocupación militar del territorio.

El primer error cometido por España en la afirmación y continuidad de su soberanía en el virreinato de Santafé, fue el régimen de terror y represalias instaurado por el general don Pablo Morillo y llevado hasta el extremo por el virrey Sámano. Porque si la casi totalidad de las ejecuciones, destierros y cárceles decretados por Morillo se pueden justificar desde un punto de vista puramente político, como que significaron la eliminación de los ideólogos de una revolución que todavía no había formado conciencia en la masa del pueblo: el sistema de represalias puesto en práctica por Sámano vino a recaer inmediatamente sobre el elemento popular: los alcaldes de pueblo, los curas, los vecinos que auxiliaban en cualquier forma el movimiento patriota de resistencia (recuérdese el caso de la Pola), los mismos campesinos y gentes humildes como vivanderos, arrieros, etc. (ejemplo de ello lo tenemos en el caso de la guerrilla de los Almeydas).

Pero no fue este el más grave error cometido por el restaurado régimen alista. No puede negarse que el pueblo granadino recibió al Ejército vencedor como a una esperanza de paz y sosiego, de retorno a la tranquilidad y bienestar, cuando empezaba a sentir los primeros efectos negativos de la nueva situación política.

Las guerras civiles entre centralistas y federalistas habían traído al pueblo una serie de gravámenes que antes nunca había tenido que sufrir, no el de entregar a su juventud una tarea que abandonara las faenas agrícolas y se incorporara a las filas militares, y el más vejatorio, de sufrir continuas contribuciones económicas y otras extorsiones similares para tener los gastos de las luchas fratricidas. La aparición de las tropas españolas se saludó como la cesación de las contiendas intestinas y de los terribles vejámenes.

Y aquí fue donde estuvo el principal error, no por culpa de D. Pablo Morillo y de sus subalternos precisamente, sino por culpa de las autoridades de la metrópoli. Más preocupados por los problemas políticos internos que por los acontecimientos de las lejanas provincias americanas, cuya complejidad ignoraban y los que tenían una visión tan falsa y simplista como la que todavía ven hoy los pueblos europeos de nuestros problemas nacionales, los ministros de Fernando VII creyeron que la sola presencia del Ejército expedicionario bastaba para eliminar el movimiento, que tenía raíces más

profundas de las que aparecían a simple vista.

A don Pablo Morillo se le abandonó totalmente, hasta el punto de que en los tres años que antecedieron a la batalla de Boyacá no se le hizo llegar ni un solo hombre de refuerzo, ni un mísero doblón, a pesar de sus continuos e insistentes reclamos y de las agudas y acertadas consideraciones políticas con que justificaba sus exigencias.

Fue así como el flamante Ejército Expedicionario, al que competía la ardua tarea de reafirmar la soberanía española en el virreinato, se vió obligado a sostenerse de los recursos del país, agravando cada vez más la precaria situación económica de las provincias, ya bastante maltrecha por consecuencia de las contiendas civiles. Las continuas y renovadas contribuciones impuestas a la población, los empréstitos forzosos, la obligación de proporcionar alojamiento y subsistencias a la oficialidad y a la tropa, las levadas de reclutas y el castigo impuesto a miles de ciudadanos de servir en las tropas españolas luchando contra sus mismos parientes, amigos y vecinos, en vez de fomentar el afecto y sumisión a la metrópoli, crearon en el pueblo granadino una conciencia de solidaridad, de fraternidad y de inconformidad, que fue el más poderoso aglutinante de la nacionalidad. No es que entonces se hubiera formado por reacción a la reconquista el espíritu nacionalista. Este había venido fermentando la masa del pueblo granadino desde los iniciales días

de la población y exploración del territorio en el siglo XVI y se había manifestado ya vigoroso en la juventud ilustrada de la Expedición Botánica y en las montoneras espontáneas de la revuelta de los comuneros.

Peró la trascendencia del paso dado a partir del 20 de Julio de 1810 no había llegado a la conciencia reflexiva del pueblo, ni la hubiera penetrado tan intensamente, sin la trágica sacudida de la reconquista que, en la forma en que hubo concretamente de realizarse, despertó al pueblo granadino de su aparente apatía y desgano por una emancipación de la que hasta entonces no había podido verificar sino las desventajas que atrás hemos puntualizado.

Este abandono a que se vio condenado Morillo, lo obligó a mantener una férrea dictadura militar, en contraposición con los propósitos más humanitarios de la Real Audiencia y de las demás autoridades civiles, con quienes chocó frecuentemente. No dejaban de tener razón los reclamos y protestas del virrey Montalvo, de los oidores de la Real Audiencia don Juan Jurado y don Francisco de Mosquera y Cabrera, del fiscal don Agustín de Lopetedi y aún de gobernadores militares y políticos como el de Cartagena don Gabriel de Torres. Es más, eran ellos los que tenían razón al propugnar una política de conciliación y alivio fiscal para la población reconquistada. Pero la realidad es que tal política solo hubiera podido adelantarse sobre la base de una continua y generosa asistencia de la me-

trópoli a estas provincias, no solo para eximir las del peso de sustentación del Ejército Expedicionario, sino para resolver los más graves y urgentes problemas económicos que las afligían. Pero, ¿cómo iba a poder asumir esta ponderosa tarea una metrópoli que, no solo ignoraba y era incapaz de comprender la trascendencia de estos problemas, sino que estaba en la imposibilidad material de emprenderla, aunque hubiera sido capaz de comprenderlas, por el estado de crisis económico en que se encontraba después de las guerras contra Napoleón y por la inestabilidad política que caracterizaba la vida española en aquellos días?

Cuando al fin la metrópoli determinó reforzar la situación de Morillo en América con una nueva y poderosa expedición militar, ya era tarde. Tales expediciones eran altamente impopulares en España, como se había experimentado al preparar la de 1816. Ahora el fermento liberal era más activo en un país sometido a la reacción absolutista de un monarca incapaz y torpe, como lo fue Fernando VII; así que la concentración militar que se organizaba en el sur de la Península, al tener conocimiento de los acontecimientos de Boyacá, sufrió un impacto que provocó una reacción completamente contraria. En vez de encontrar en la crítica situación de las armas reales en América un estímulo patriótico para volar a restaurar el honor de las banderas españolas en ultramar, recibió la noticia de la derrota de la Terce-

ra División, como la chispa que desencadenó por fin el incendio revolucionario que venía gestándose sordamente para poner fin al régimen absolutista de Fernando.

Hasta en la misma metrópoli repercutió el hecho de armas del Puente de Boyacá.

Pero volvamos al hecho que estamos conmemorando. Después de situar en el marco total de la problemática americana y española el proceso y feliz éxito de la Campaña Libertadora de 1819, tratemos de analizar la importancia y trascendencia de la batalla de San Juanito en el marco de esta campaña.

La férrea dictadura militar impuesta por Morillo al virreinato hubiera podido provocar una reacción puramente negativa, y así lo esperó seguramente el Pacificador, si el subconsciente sentimiento de nacionalidad de nuestro pueblo no hubiera llegado todavía a una suficiente madurez. Pero como la conciencia nacionalista ya estaba en sazón, aunque de ello no se hubieran dado cuenta quizá ni los mismos dirigentes intelectuales de la Primera República, la reacción provocada por el régimen del terror no fue de miedo y obtusa sujeción, sino de resistencia y rebelión. No había ejércitos regulares en las filas patriotas, ni los medios de crearlos inmediatamente para oponerlos a las bien disciplinadas tropas reales, pero este espíritu de resistencia y rebelión afloró entonces en la única forma en que podía hacerlo, por medio de la guerrilla popular.

El papel decisivo jugado por las guerrillas patriotas en la Campaña Libertadora de 1819, ha sido analizado y demostrado documentalmente en forma casi exhaustiva por los brillantes estudios del Dr. Oswaldo Díaz Díaz, cuya prematura y súbita desaparición cada día es más sensible para la historiografía nacional. Este aspecto, hasta ahora poco menos que desconocido y olvidado por quienes han historiado y analizado nuestra gesta emancipadora, no puede ya permitirse en un estudio que pretenda ser objetivo y veraz.

Y es precisamente desde este punto de vista desde donde hay que analizar la acción de San Juanito, para darle su verdadero valor. No fue ella quizá desde el punto de vista castrense una acción de armas que pueda figurar en los manuales de estrategia y táctica militar como una batalla digna de estudio; el mismo triunfo brillantemente obtenido el 28 de septiembre de 1819 parece haber resultado inútil e infructuoso ante la posterior invasión de Calzada al Valle del Cauca en el año siguiente.

Pero en San Juanito culmina la función específica de la guerrilla popular como contribución al éxito de la Campaña Libertadora. Iniciado el proceso guerrillero desde el mismo año de 1816 en las provincias de Pamplona y Socorro, va a prolongarse a lo largo de los tres años de la reconquista especialmente en aquellas provincias y en las de Tunja y Santafé, con una brillante hoja de servicios a la causa, que va desde la activa

comunicación con los refugiados de Casanare hasta la generosa y total entrega de toda clase de recursos al famélico ejército que trasmonta el páramo de Pisba, mientras se le niega la sal y el pan a las tropas de Barreiro. Fueron los campesinos guerrilleros del Socorro, Tunja y Santafé, los caballos boyacenses, las mantas y chircates de las mujeres de Socotá, Socha y Tasco, los que hicieron posibles los éxitos de Gámeza, Pantano de Vargas y Puente de Boyacá. Fueron los guerrilleros de Pamplona, con Mantilla y Villamizar a la cabeza, los que detuvieron a don Miguel de la Torre en los valles de Cúcuta y le impidieron reforzar a la Tercera División y asumir su mando. Fueron los heroicos guerrilleros de Charalá los que impidieron que Lucas González estuviera presente en Boyacá. Fueron las guerrillas de Olaya y del Mosca Rodríguez en Cundinamarca las que hostigaron y desmoralizaron totalmente a los fugitivos restos de la Tercera División después del 7 de agosto. Y fueron las guerrillas del Valle del Cauca las que se interpusieron entre las fuerzas españolas de Antioquia y Pasto para impedir las comunicaciones de Calzada con Sámano y la consolidación de un poderoso foco de resistencia en el occidente de la actual Colombia.

Y aquí hay que recordar, brevemente siquiera, la importancia político-militar del proceso emancipador en el occidente colombiano y su trascendencia para la integración del territorio y de la nacionalidad colombiana. Duran-

te los dos primeros siglos de la presencia de España en lo que hoy es Colombia, la inmensa provincia de Popayán estuvo sujeta a dos jurisdicciones administrativas: la parte del norte, desde los límites del distrito de Buga y del puerto de Buenaventura (Antioquia y el Chocó), así como la oriental, al otro lado de la cordillera central (Timaná, La Plata y Neiva), dependieron de la Real Audiencia de Santafé; el resto o sea la costa del Pacífico desde las bocas del San Juan hacia el sur y los distritos de Buga, Cali, Popayán y Pasto, estuvieron adscritos a la Presidencia de Quito desde 1563, fecha de la fundación de dicha Real Audiencia. Al crearse definitivamente el virreinato de Santafé en 1739, toda la gobernación de Popayán pasó a depender política y administrativamente de Santafé, pero esta dependencia no interfirió en las relaciones socio-económicas que siempre mantuvo el sur de la actual Colombia, durante el período colonial, con el Reino de Quito.

La rápida y casi total represión del movimiento de 1809 en Quito, mantuvo casi todo el territorio de la antigua Presidencia bajo el absoluto obediencia a las autoridades reales desde 1810 hasta 1822. Quito, apoyado eficazmente por los virreyes del Perú, vino a ser la fortaleza de la reacción realista, eficazmente secundada por el norte con la fidelidad monárquica de la provincia de Pasto. Popayán, capital de la Provincia que hasta unos 60 años atrás había dependido administrativamente de Quito, no acaba de

decidirse definitivamente por la causa nacionalista hasta 1820. Es el Valle del Cauca con la confederación de sus seis ciudades, el que va a sostener terca e irreductiblemente la bandera emancipadora, junto con Antioquia, en el occidente colombiano.

La tradicional rivalidad entre el Valle del Cauca y la parte meridional de la gobernación de Popayán, al sur del distrito de Caloto, y la afirmación de las autoridades realistas en Quito, dentro de unión socio-económica de todas aquellas provincias, movieron a los independentistas del Valle del Cauca a buscar la unión y colaboración con las vecinas provincias insurgentes de Santafé y Antioquia durante todo el proceso de la gesta emancipadora. Fue así como se vinieron a crear de hecho unos lazos de unión entre el centro y el suroccidente de Colombia, que hasta entonces solo había existido jurídicamente o apenas si empezaban a concretarse en hechos concretos como la presencia de algunos ilustres profesores y estudiantes del occidente en los centros de estudio y de cultura y la capital del virreinato.

El mismo hecho de que Cali hubiese dirigido comunicaciones sobre los sucesos del 3 de julio de 1810 a Santafé y de que las ciudades confederadas hubieran enviado emisarios a Antioquia y Santafé para solicitar apoyo militar y económico frente a las tropas de Tacón, es de extraordinaria significación para la integridad del territorio nacional y para el éxito de la causa emancipadora.

Si inicialmente las tropas cundinamarquesas de Baraya acuden al campo del Bajo Palacé, poco después, mientras el movimiento emancipador del centro de la Nueva Granada se debilita lamentablemente en divisiones y guerras fratricidas, con las milicias populares creadas en el Valle del Cauca y apoyadas más o menos eficaz y sinceramente por las de Antioquia, las que mantienen a raya a las bien disciplinadas fuerzas realistas que la presidencia de Quito envía continua y sucesivamente a sofocar el movimiento emancipador y a las temibles guerrillas que el fervor realista de Pasto alimenta continuamente. Solo clausurado al triste intermedio de las rivalidades entre centralistas y federalistas, vuelve el genio de Nariño en 1814 a dirigir su atención al sur del antiguo virreinato, amenaza principal y la más peligrosa a la estabilidad del movimiento emancipador. Si la indómita resistencia del pueblo pastuso no hubiera impedido a Nariño ser el Libertador de América, se hubiera consolidado entonces el movimiento independentista gracias a la constancia y colaboración de las fuerzas patriotas del Valle del Cauca, cuyo jefe nato e insobornable fue el gran general José María Cabal. Pero aún después de la derrota de Nariño, fue Cabal quien mantuvo a raya las pretensiones realistas de Quito y obtuvo la victoria del Río Palo, que hubiera sido un golpe mortal para la causa realista de América si en aquel momento no hubieran aparecido por el Caribe las naves del Ejército Pacificador. Y sin em-

bargo, fue en jurisdicción de la antigua provincia de Popoyán, en El Tambo y La Plata, donde se libraron las postreras batallas de la libertad frente a las invencibles huestes reconquistadoras.

No es pues de extrañar que la cuchilla del Pacificador se hubiera cebado preferentemente en esta provincia, como en las del Socorro, Pamplona, Tunja, Santafé, Neiva y Mariquita, que eran las que más habían contribuido a alimentar la insurrección. Pero por ello mismo, no fue el Valle del Cauca el último rincón del territorio patrio en enfrentarse a la ocupación española por medio de las guerrillas. En 1817 puso en aprietos a las autoridades reales la guerrilla de José Hilario Mora, que conmovió al Valle del Cauca, Chocó y Buenaventura; y si en los años siguientes no hubo actividades guerrilleras visibles que atrajeran la atención de las autoridades militares de ocupación, no significó ello que el espíritu independentista de los habitantes del Valle del Cauca se hubiera resignado a la fatalidad.

Bien lo comprueba el entusiasmo y rapidez con que, apenas conocido el éxito del Puente de Boyacá, brotaron por todo el territorio grupos guerrilleros que consolidaron en el occidente inicialmente el triunfo de la libertad. La acción del Guanábano en jurisdicción de Caloto en la que encontró la muerte el gobernador don Pedro Domínguez del Castillo el 2 de agosto de 1819, sorprendido por una guerrilla al mando del teniente coronel Juan María Álvarez, cuando con 80 emigrados

de Buga trataba de pasar a Popayán; las actividades guerrilleras del inglés Juan Runel y del herrero caleño apellidado el Guasca, al otro lado del Cauca; la súbita reaparición del bola Ricaurte por Tuluá, Zarzal y Cartago, con la huida precipitada de Simón Muñoz hacia Antioquía y el Chocó, fueron los antecedentes inmediatos de la acción de San Juanito en la que las guerrillas todas del Valle del Cauca, al mando del benemérito general Joaquín Ricaurte, destrozaron a la división enviada desde Popayán por Calzada al mando del coronel Miguel Rodríguez y que había venido a situarse en este estratégico punto de Buga, donde el Valle parece cerrarse entre el abrazo cariñoso de las dos cordilleras que lo conforman y que vuelven a abrirse para duplicar su extensión.

La acción de San Juanito viene a ser así, en forma brillante y ejemplar, la culminación de un movimiento popular guerrillero que va a desaparecer para dar paso a los ejércitos regulares que el genio de Bolívar, la capacidad administrativa de Santander y el fervor del pueblo granadino van a organizar para llevar hasta sus últimas consecuencias los frutos de la batalla de Boyacá. Resultado inmediato de esta acción es la liberación de Popayán, abandonada por Calzada al sentirse incapaz de hacer frente a las divisiones que al mando de París avanzan por el camino de Guanacas y al entusiasmo popular de los pueblos del Valle que han desbaratado la mejor fuerza regular con que contaba.

¿Qué importa que reforzado por la presidencia de Quito vuelva a devastar y martirizar, al año siguiente, a las heroicas e indomeñables ciudades del Valle? Aquella última correría militar será tan efímera como inútil. Para 1820 habrá cesado casi completamente toda posibilidad de reacción realista en el territorio granadino y melancólicamente don Sebastián de la Calzada habrá de regresar desde Cartago hasta el sur, hostilizado y acosado por los incansables ciudadanos del Valle del Cauca, para ir a clausurar su brillante hoja de servicios a la causa de Fernando VII, ingrato como su nación para con los que todo lo sacrificaron por una causa perdida de antemano, olvidado en medio de los suyos.

Si no hubiera habido San Juanito, el fervor realista del sur y la tenacidad de Aymerich en Quito quizá hubieran logrado establecer una activa y eficaz unión y colaboración con las fuerzas realistas de Cartagena y Panamá, a través del puerto de Buenaventura y de la provincia de Antioquia, lo que les hubiera permitido frustrar en parte o al menos postergar las consecuencias ineludibles, nacionales y americanas, de la batalla de Boyacá. Por eso la conmemoración que estamos realizando no puede reducirse a un modesto marco local, sino que ha de tener, como ha sabido hacerlo la Junta creada para programar estas celebraciones, un eco y resonancia que sobrepasan aún el ámbito nacional.

CASA ELECTRICA LTDA.

MATERIALES ELECTRICOS — REPUESTOS PARA RADIO



PROVEEMOS A LAS FF. AA.

CARRERA 9a. No. 15-37 — TELS.: 42 91 04 - 41 28 87 - 43 69 02